rimentó cuando conoció su yerro. Yo me pierdo, querida madre mia, en estas conjeturas; y así ilustradme, conducidme. Ruégoos tengais la bondad de darme á ésta una respuesta particular, y si os agrada, incluid otra, que haré ver al Marqués á no ser que juzgueis necesario instruirle de las disposiciones de su amigo. Este último partido me quitaria un gran peso; pues segun todas las apariencias, el conocimiento de esto impediria mi viage á Turin, y todo comercio con el Conde. Si algo pudiese consolarme en la cruel situacion en que me hallo, serian los sentimientos de mi esposo respecto á vos. Su veneracion á mi madre, su amistad á mi padre, y su ternura por mí, le dan derechos de padre para con toda nuestra familia. Pide á mi hermana con instancia, y se encarga de su establecimiento. La pobre muchacha perderá mucho sin duda alejándose de vos; pero, querida madre mia, ella será mi consuelo. La necesidad de repetirla vuestras sábias instrucciones, me las recordará si tuviera la desgracia de olvidarlas.

Espero vuestra respuesta, y como no seria posible que mi hermana estuviese aquí antes de nuestra partida, si me concedeis la gracia que os pido, mandaré por ella á mi muger de gobierno, de la cual os he hablado muchas veces, y á cuyo

cuidado puedo confiarla. Adios, mi querida madre; ¡cuánto voy á padecer esperando vuestra respuesta!

CARTA IX.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

Yo participo, hija mia, del pesar que te causa la terrible situacion en que te hallas; pero estoy tranquila sobre las resultas de esta aventura. Desde tu matrimonio te veo en brazos de la Providencia: todo lo que ella dispone es para tu bien; abandónate, pues, sin reserva á sus divinas disposiciones, sin procurar mudarlas, ni acomodarlas á tus pequeñas miras. Ella sabrá conducirte al fin por los caminos que parece te alejan mas de él.

Hubieras hecho muy mal en instruir á tu marido de las disposiciones del Conde; pues apénas hay ocasion en que se pueda tomar semejante partido. Yo sé que el Marqués no tendria en la apariencia ningun motivo para quejarse de su amigo; pero esto sembraria entre los dos, semillas de division, que podrian tener con el tiempo las mas terribles resultas. La verdadera virtud teme los escándalos, y hay otros medios de conte-

ner al Conde en los justos límites. Estoy persuadida á que él fué el que dispuso la mudanza de vestidos, ha penetrado la dificultad de obligarte, y el modo con que se ha portado, me descubre el gran peligro á que estás expuesta. Ese hombré conoce el corazon humano, particularmente el tuyo; y el medio que ha tomado para declararte sus sentimientos, prueba menos la estimacion que hace de tu virtud, que la esperanza en que está de ablandarla. No temas que te renueve la confesion de su afecto; pues sabe que esto seria echar á perder sus negocios. Le basta que estés instruida de su amor, y que puedas atribuir á este motivo todas sus acciones. No hará ninguna que pueda ser capaz de sobresaltarte, y hará todo lo posible para que creas que su respeto por tí ha sofocado en su pecho todos los demás sentimientos, pues le importa ganar tu estimacion, tu confianza, y poco á poco tu corazon. Te confieso, querida hija mia, que él no podia haber elegido arbitrio mejor. Tú has concebido desde luego contra él la mas viva indignacion, y te mantendrás en este sentimiento mientras le creas culpable; la mas ligera recaida te fortificaria en él. Pero si llega á convencerte de que es la víctima de su respeto: si te prueba la violencia de su pasion, por la que él se hará para impedir que

se manifieste, cesarás de aborrecerle, y la lástima ocupará el lugar de la indignacion: en tan peligroso estado hará hablar sus beneficios; su empleo le proporcionará á cada instante nuevas ocasiones de servirte: ¿y qué no puede el reconocimiento sobre un corazon formado como el tuyo? Vé aquí, mi querida Marquesa, cuales son las miras del Conde; mas es fácil escaparse del riesgo cuando se vé por donde viene el enemigo. Yo no te hablo del contínuo recurso que debes tener en el Señor: éste solo es el que puede guiarte en semejante coyuntura; pero voy á dictarte en dos palabras la conducta exterior que debes observar por lo que hace al Conde. Evita con el mayor cuidado tener para con él atencion mas particular que con todos los demás que trates; pero evita mucho mas las precauciones extraordinarias. Conoce tu virtud, y tomaria estas precauciones como pruebas evidentes de la poca confianza que tenias respecto á él de tus propias fuerzas. Que le persuada tu tranquilidad de tu indiferencia, del poco caso que has hecho de su declaracion, y del ningun peligro que hallas en verle. Continúa en convencerle de tu fidelidad á tus deberes, y de la solidez de tu virtud, no por tus discursos, sino por tus acciones. En una palabra, mientras que exteriormente tomes todas

las precauciones necesarias para no hacer nada que pueda alimentar su pasion, pórtate de modo que le hagas creer que únicamente has mirado su declaracion como una burla, que te ha hecho poquísima impresion para que puedas acordarte de ella. Está segura, querida hija mia, de que esta conducta desconcertará todas sus ideas, y tal vez le curará por el despecho y poca esperanza de adelantar nada.

Vas, pues, á ser expuesta en el gran teatro de la corte: vas á habitar aquel pais en que reinan el doblez, la falsía, la traicion, la ambicion, la envidia y los celos; te felicito de ello, querida hija mia. Este pais no es peligroso sino para los que entran en él con los ojos vendados. Gracias al cielo, los tuyos están abiertos, y llevas á él la serenidad que se necesita para juzgar sanamente del espectáculo; ni dudo que saldrás de él penetrada de menosprecio por todo aquello que se llama placeres, dignidades y honores. Vas á ver al mundo en todo su brillo, en todo su triunfo: ¡cuán pequeño, cuán indigno le hallarás de ocupar, ni aun de divertir á un alma racional! Me formo yo un gozo sensible de tu sorpresa á la vista de las extrañas escenas que van á pasar delante de tus ojos, y las cuales te pido me participes. Tu padre está en el colmo de su alegría

por saber el puesto tan brillante para que acabas de ser nombrada: escribe al Marqués dándole la enhorabuena, y le da gracias por su buena voluntad para con tu hermana, cuya fortuna pone en sus manos. Yo te encargo su conducta: tiene una capacidad superior á la que regularmente se tiene á los catorce años, y espero que ayudada con tus lecciones, tendré de ella toda la posible satisfaccion. Será un testigo de tus acciones, que te empeñará á continuar obrando de manera, que jamás tengas de que avergonzarte ni delante de Dios ni de los hombres. Dejo á tu prudencia el tiempo y el modo de su partida, y te abrazo mil veces.

CARTA X.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

MADRE QUERIDA: Yo tenia intencion de escribiros antes de mi partida de Chambery; pero despues que llegó la Reina, no me ha sido posible disponer de una hora. Esta Princesa tiene mil bondades para conmigo, y no ha querido que la dejase un momento. La Princesa de Lorena, hoy Reina de Cerdeña, es alta y bien hecha: sin

ser bella, es en extremo amable. Un aire de bondad en toda su persona la hace dueña del corazon de los que la tratan de cerca. Parece que olvida su clase con las personas á quienes hace el honor de admitir á su confianza, y yo tengo ya con ella una especie de franqueza, que disminuye mucho el pesar que me causa la elevacion de un puesto que me adquiere mil envidiosas. Esta buena Princesa tiene el corazon en los lábios; pero parece la desazona el aire grave de las damas que la han sido dadas, y se acomoda mejor á mi naturalidad: me confia sobre esto algunos secretitos, que me anuncian tendré muy pronto toda su confianza, y procuraré servirme de ella, de modo que no tenga que recelar quejas.

Partimos este último juéves con un tiempo bastante bueno para la estacion. Dormimos en una aldea llamada Ayguebelle; por la tarde llovió un poco, y las gentes del pais nos aseguraron que en las montañas nevaba. Para llegar á San Miguel, pasamos por caminos que encontré horribles, y que se me aseguró eran magníficos en comparacion de los que se seguirian. Lo que mas me sorprendió, fué que la mayor parte de las gentes del campo tenian un bulto en la garganta, que ellas llaman papera. En algunos es tan grande este bulto como la cabeza de un niño. Dícese que esta enfermedad les proviene de las malas aguas que beben y parece que no les incomoda. Desde S. Juan de Morienne hasta S. Miguel, no se ven mas que montañas cubiertas de nieve, y para defender la vista, se requiere ponerse unas anteojeras. Por la noche me dijo la Reina, apretándome la mano, ¡Ah! mi querida, qué gentes tan feas! ¡qué feo pais! Pero aun fué peor el tercer dia de nuestro viage. Estabamos en caminos estrechos y cubiertos de cipreces que ocultaban terribles derrumbaderos: hacia allí un frio tan penetrante, que á pesar de nuestras bombas, cuya agua se mudaba en todas las aldeas, nos moriamos de frio. Tuvimos que subir por una montaña pedregosa y de forma piramidal, rodeada toda de precipicios: la Reina temblaba con todas sus fuerzas, y yo no estaba muy asegurada. Un tropezon de nuestros caballos, ó por mejor decir, de nuestras mulas, nos hubiera enviado al otro mundo. Teniamos para recrear la vista un rio, cuyas aguas hacen un ruido espantoso, y son negras como tinta; porque segun lo que me dijo el Marqués, arrastran consigo pizarras hechas polvo. En medio de estos horrores admiramos una cascada natural de mas de doscientos piés de altura, por la cual fuimos mojados, porque era preciso pasar

muy cerca: al caer se helaba en parte y esto producia mil figuras, que iluminadas por los rayos del sol, parecian pintadas con los mas vivos colores. Llegamos á Lanebourg, aldea situada al pié de Monte Cenis, pasadas de frio. No puedo explicaros la compasion de que fuí conmovida al ver estas pobres gentes, sepultadas debajo de un vestido, y gorros de buriel; apénas tienen la figura de criaturas racionales. Quiso la Reina que se las dejase acercar, les hizo varias preguntas con mucha bondad; y como ella examinaba sus grandes vestidos, atados con un gran ceñidor por el pecho, este es el vestido del frio, la respondió una de aquellas mugeres. ¿Y cómo podeis soportar este frio? la preguntó la Reina. Salvo vuestro respeto, la respondió ella, nosotros vivimos en los establos con nuestras béstias. Hízoles la Reina distribuir dinero; yo dejé vacíos mi bolsillo y el del Marqués, que se divertia al verme correr de casa en casa. ¡Ah querida madre mia, qué pobreza, y qué miseria! Jamás olvidaré este espectáculo, y él me hará muy dolorosas las profusiones que se hacen en nuestras casas. Con verdad se puede decir, que estos infelices se mantendrian con regalo de las migajas que caen de nuestras mesas. Los niños acostados en el estiércol con las ovejas, apénas

se distinguian de ellas. Nada me quedaba ya; deshice mis briales interiores, y mis criadas hicieron otro tanto para envolver á muchos de estos miserables, cuyos andrajos apénas cubrian la desnudez. Habiéndome visto alguno de la comitiva de la Reina, cargada de todos estos briales, cuidó de llamar la atencion á esta Princesa, que como es buena, me dijo que prometiese de su parte un vestido para cada niño de la aldea, lo que excitó mil gritos de gozo, y la atrajo otras tantas bendiciones. ¡Qué deleite, madre mia querida, endulzar á tan poca costa la miseria de estas pobres criaturas! Si los ricos pudiesen concebir el que yo experimentaba en este momento, su amor propio les empeñaria á suprimir sus locos gastos; ¡qué digo yo! ellos se privarian de lo necesario, por gozar del placer que les procuraria el gozo, el trasporte y el reconocimento de los pobres que asistiesen.

Al dia siguiente, que era domingo, teniamos que pasar el Monte Cenis, cuyo nombre no puedo pronunciar sin estremecerme. Representaos una montaña, de que no se vé la cumbre, y que parece casi recta por algunas partes. Está toda cubierta de nieve, en cuya espesura encuentran muchas veces los viageros su sepulcro. Un camino muy estrecho conduce á lo alto de la monta-

ña: cruces colocadas de trecho en trecho indican este camino peligroso, del cual no se podria apartar sin riesgo de caer en los precipicios que cubre la nieve. Estas cruces muestran tambien los parages en que se han encontrado viageros muertos de frio; y nuestros guias para asegurarnos cuidaban de contarnos la historia. Eramos llevados por hombres en una especie de sillas de madera, y como no pueden ir en ellas dos de frente, no hay medio de engañar el temor y el fastidio con la conversacion. El Marqués iba delante de mí, y yo era seguida del Conde, á quien habiamos encontrado en Lanebourg, y que nada habia perdonado para procurarme las comodidades necesarias en este peligroso camino, que me pareció tan largo como la llanura. Nos calentamos en un hospital que está en medio, y que tiene obligacion de recoger á los pasageros cuando les sorprende alguna tempestad; porque cuando hace cierto viento, atrae de un golpe tanta cantidad de nieve, que hay mucho peligro de quedar allí sepultados. Nos volvimos á calentar un momento en una taberna que se llama la Cruz Grande, y que está á la extremidad de la llanura: yo creia llegar al fin de mis penas, pero lo mas dificil me restaba aun que pasar. No hallo términos con que esplicaros el horror de esta bajada.

El sol se hacia sentir allí con un ardor extraordinario, y á mis criadas, que no tenian mascarillas, se les levantó el cútis de la cara. Este sol derrite la nieve por el dia, y como por la noche se hiela, se anda por un espejo en un sendero, que muchas veces no tiene cuatro pies de ancho. Á la derecha penden sobre la cabeza unos peñascos, que estoy tentada á creer son mas viejos que el mundo: ellos parecen suspendidos, y prontos á estrellaros á cada paso: á la izquierda hay precipicios que no se pueden mirar sin estremecerse. Los torrentes que se precipitan de lo alto de las rocas á los abismos, hacen un ruido tan terrible, que no se oye lo que se habla. Los que me llevaban, procúraban tranquilizarme, diciéndome que no habia allí ningun peligro; pero yo me creia en mi última hora, y me encomendaba á Dios de todo mi corazon. Estos hombres corrian sobre el hielo con una intrepidez que aumentaba mi temor: caian muchas veces hácia atrás; pero están hechos á esto, y el que va delante parece advertido á tiempo de la caida de su camarada; porque pone la silla tan en sazon, que no sucede ningun accidente. ¿Creeríais, querida madre mia, que en medio de estos peñascos, de estos precipicios y de estos torrentes, se encuentra una aldea habitada por criaturas humanas? Nos detu-

vimos un momento en este lugar, que se llama La Ferriere. La Reina me dijo, si esto dura aun algun tiempo, me muero antes de llegar.

En fin, salimos de este terrible lugar, y llegando al pié del monte, en un parage que se llama la Novalesa, encontramos el mas hermoso pais del mundo. Era una primavera, que hacia olvidar el horrible invierno que se acababa de experimentar. Nada de particular pasó hasta el encuentro del Rey. La Reina quiso doblar una rodilla, y besarle la mano, pero él se lo impidió abrazándola. Se sirvieron refrescos, y la Reina dijo al Rey, que la primera gracia que le pedia era la seguridad de no volver á pasar el camino que acababa de hacer. El Rey se lo prometió riendo. Tiene este Príncipe la conversacion muy divertida, y sabe despojarse cuando conviene de su grandeza. En fin, acabamos de llegar á Turin, y á pesar de mi fatiga, no he podido menos de admirar esta ciudad, á que se entra por una calle de árboles muy grandes y recta, que tiene mas de seis millas de Italia, y que termina por una parte en la ciudad, y por la otra en el castillo.

No os hablo de la ceremonia del matrimonio, y de las fiestas en esta ocasion: estoy aun deslumbrada de todas estas magnificencias, que quizá me parecen tales, porque no he visto otras, y al fin os interesarian poco. Obedezco, como veis, las órdenes de mi padre muy exactamente, que queria una relacion circunstanciada de mi viage. Seguiré las vuestras, por lo que hace á lo que me mandais en la última carta. Espero con impaciencia á mi hermanita. ¡Dios mio! ¡Cuánto la compadezco por tener que hacer tan terrible viage! Mas á pesar del horror que me inspira, no titubearia un instante en volver á ponerme en camino ahora mismo, si de eso pendiera únicamente poder aseguraros de boca, que soy &c.

CARTA XI.

RESPUESTA.

Te doy, mi querida hija, el parabien de que al fin hayas salido de tus torrentes, de tus montañas y de tus precipicios. Tu carta me ha hecho acordar de Anibal, que dicen abrió esos terribles caminos. Tú no hubieras sido, segun creo, propia para seguir á este gran hombre, y se puede, sin que te agravies, acusarte de ser un poco cobarde. Tu pobre Reina se estremecia tambien como tú á la vista de estos precipicios. Ellos no la dibujaban mal la imágen de aquellos á que va

á ser espuesta sobre el trono. Sí, mi querida hija, hay menos riesgo bajando el Monte Cenis, que viviendo en medio de la corte y de los cortesanos. No te desaliente esto, porque hay gracias para todas las situaciones, como te lo decia al principio de tu matrimonio: tú lo experimentarás si continúas en poner toda tu confianza en Dios, y que puedas decirle con el Profeta: *No he apartado mis ojos de las montañas celestiales, de donde debo esperar mi socorro.* Finalmente, hija querida, vé aquí la ocasion de apreciar en su justo valor los honores, las grandezas y las riquezas. Estoy segura de que tu disgusto por todos estos falsos bienes, se aumentará mucho; pero es necesario no demostrarlo sino en las ocasiones en que te quieran persuadir que los prefieras á los del cielo. Por lo demás acuérdate que encargada solamente del cuidado de tu salvacion, no responderás de la de los otros; gime por sus desórdenes, pero tan ocultamente, que nadie pueda ser testigo de tu llanto.

La confianza de la Reina te honra, pero te prepara tal vez muchas penas. La envidia de tus competidoras va á poner los ojos sobre tu conducta: ¿Y con qué placer ejercerian su malignidad si tú las dieses el menor motivo? No te sirva la amistad de la Reina, sino para hacerte mas humilde. Si esta Princesa te pide consejos, inspírala un espíritu de tranquilidad que la aparte de las cabalas é intrigas; que el poder que la adquiera su conducta sobre el corazon de su esposo, no la sirva para otra cosa que para procurar el bien de sus vasallos. Inspírala sobre todo una verdadera ternura por el Príncipe de Piamonte y los demás hijos de su esposo. Adios, querida mia, ocupada enteramente en la partida de tu hermana, me es forzoso abreviar mi carta. El gozo de verte pronto tiene á esta niña fuera de sí. Yo estoy persuadida á que el placer de ver el mundo tiene tanta parte, como su amor á tí, en el gusto que ella experimenta. Esta hija me causa susto algunas veces, sin que pueda decir que se la nota aún vicio alguno; tiene una viveza tan estrema, que descubre un temperamento todo de fuego; pero descanso absolutamente en tí del cuidado de sacar partido de su carácter. Adios otra vez, querida mia.

CARTA XII.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: Acabo de recibir una carta de mi hermana, fechada en S. Juan de Morienne; lleva muy bien las fatigas del viage, y

003121

mañana pasará el Monte Cenis con el mejor tiempo del mundo. Al pié de esta montaña encontrará al antiguo ayuda de cámara del Marqués, que tendrá cuidado de ella, y proporcionará que la lleven los silleteros mas diestros; con que sobre esto debeis estar tranquila.

Estamos aquí en un torbellino que no nos permite reflexionar un instante. Sin embargo, no puedo menos de hacer algunas reflexiones sobre los movimientos que se hacen para agradar á la Reina. Veinte mugeres que apenas conozco me colman de caricias, de alabanzas, y aun de confianzas, porque esta Princesa me honra con sus bondades. Me hubiera sido fácil ser el juguete de estas falsas mugeres; pero graciasal cuidado que ellas tienen para dañarse recíprocamente, las veo sin disfraz. Siento una inclinacion por vos, que no puedo contener, me decia unade ellas dias há, y así quiero, como amiga, instuiros del carácter de mil mugeres, á quienes arresgaríais mucho en conceder vuestra amistad; é inmediatamente entabló una historia en que tuvo cuidado de hacerme sabedora de que las que ella despedaza, han hablado mal de mí. Por mas que procuré decirla que desprecio semejantes cosas, y que no soy curiosa de las acciones agenas, nada pudo detener su lengua, y creo que estaria aun hablando si una de las que acababa de pintar no hubiese interrumpido nuestra sesion. Ellas se hicieron mil caricias, y esta última, habiendo quedado dueña del campo, pintó á su turno á su amiga con un pincel igual. Aunque no me sea permitido imponer silencio á estas señoras, que son superiores á mí, os confieso, madre mia, que tengo una verdadera pena en escuchar tantas maledicencias; pero por mas que me muestro distraida, fastidiada y hecha una estátua, estas mugeres, poseidas del placer de despedazar á sus rivales, no sospechan el pesar que me causan. ¿No podria yo, sin faltar á lo que las debo, decirlas de una vez para siempre, que soy cristiana, y que la caridad no me permite escuchar discursos de esta especie? No es en esto solo en lo que mis oidos padecen tormento, pues la pureza de las costumbres no es en este pais mejor tratada que la caridad. Una muger virtuosa, decia algunos dias há un viejo libertino, es una muger que respetando la decencia pública, jamás ha dado que hablar de sí, sino que ha sabido manejar tan bien sus negocios, que nunca se ha informado de ellos el público: salvad el escándalo, y salvais el delito. Confieso que esto cuesta trabajo, añadia él; no importa, es necesario empezar bien, violentarse en extremo los primeros años que se aparece en

el mundo, y adquirirse una reputacion, á cuyo abrigo se pueda desquitar en lo sucesivo de la sujecion que se habia impuesto.

Nada tengo que deciros del Conde: la disipacion que causan las fiestas, que unas á otras se suceden, y las obligaciones que exige el empleo que ocupa, no le permiten verme á menudo, y cuando puede hurtar algunos instantes, se porta de modo que no me da motivo alguno de queja. Admiro la justicia con que habeis previsto su conducta, pero estoy demasiado bien instruida para ser la burla de ella. Quedo &c.

CARTA XIII.

RESPUESTA DE MADAMA MONTIER A LA MARQUESA DE.***

Algo me embaraza el caso que me consultas en tu carta. El bien parecer no te permite imponer silencio á las personas superiores á tí; pero nada te impide que en su presencia hagas caer diestramente el discurso sobre la maledicencia; y entónces puedes á tu satisfaccion explicar el horror que tienes á este vicio. Continúa siempre en dejar ver por tu aire distraido y melancólico, el poco placer que te causa la relacion de las ac-

ciones agenas, y poco á poco será entendido este mudo lenguage. Tú no has visto aún nada respecto á la hipocresía que reina en Turin, donde la religion es una máscara con que se procura encubrir las acciones mas criminales. Tu padre ha hecho alguna mansion en ese pais, y conoce perfectamente los Piamonteses: ¡qué diferencia de esas costumbres á las de vuestros buenos Saboyanos! Así hay una verdadera antipatía entre esas dos naciones, que están debajo de una misma dominacion; y las alejan ménos las altas montañas que las separan, que la contrariedad de sentimientos. La chica, que ya debe estar contigo, me ha escrito de la Novelesa; me parece, no te enfades, mas valerosa que tú, y alaba mucho las atenciones de su conductor. No te recomiendo esta hija, persuadida á que está en tus manos como en las mias; estoy tranquila. Acabo de recibir una carta de Nancy, con la que podrás hacer la corte á la Reina. Mr. de La Galisiere ha tomado posesion de aquella ciudad por el Rey de Polonia: la Iglesia resonaba con los sollozos del pueblo, y el *Te Deum* que se cantó con música, apénas se oyó. Los que han prestado el juramento de fidelidad, y que apénas podian detener sus lágrimas, han tomado su texto sobre esta general afliccion: y se dice, á La Galisiere,